

cia; pero al fin cedió á las reiteradas instancias de Candiano, personaje romano de mucha distincion. Fué un suceso extraordinario para la época, y se celebró naturalmente con todo el fausto acostumbrado en Narbona, en enero de 414, en casa de Ingenio, romano perteneciente á la clase mas elevada, observándose especial y minuciosamente el ceremonial romano, y no el del pueblo del novio, como era costumbre cuando las dos partes eran de diferente nacionalidad. Placidia se presentó en traje romano de novia y el rey



Fig. 135.—Gala Placidia y su hijo Valentiniano III.—Relieve de un dip-tico de Monza del siglo V.

también á la romana dando la derecha á la «hija de emperadores.» La procesion nupcial, conducida por Atalo, el efimero ex-emperador, atravesó observando la costumbre romana la habitacion, y quedó emparentado Ataulfo con la familia imperial de Teodosio, con pretensiones de ser el jefe legal de los habitantes romanos de la Galia, y el representante simbólico de la fusion de los dos pueblos. Muchos creyeron con esto cumplida la profecía del profeta Daniel cuando habla de «la union del dueño de Oriente con el rey septentrional.»

No dominaba este modo de ver las cosas en Rávena donde esta intrusion de un bárbaro en la familia de Teodosio no hizo mas que aumentar el furor de Honorio ó mejor dicho de Constancio; tanto, que Ataulfo hubo de renunciar ya para siempre á toda esperanza de reconciliacion con su resistente cuñado. En su consecuencia, proclamó otra vez por emperador al mismo Atalo que se prestó á la farsa y se rodeó de su corte correspondiente, nombrando entre otros por tesoroero sin tesoro á Paulino Peleo, que nos ha dejado una poesia en la cual relata los sucesos de su tiempo. La situacion no era brillante, porque como el tesoro, estaban vacíos los estómagos de los visigodos que en tiempos tan agitados y á la merced de cualquiera eventualidad no podian dedicarse á la agricultura; sin contar que la guerra nunca acababa, y la escuadra romana bloqueaba las costas é impedía la llegada de buques con víveres desde Italia y Africa. Es muy probable que estas circunstancias fuesen las que decidieron á Ataulfo á dejar una guarnicion en Narbona, su capital, dirigirse á lo largo de los Pirineos hácia el Oeste y penetrar en España, á donde le siguió inmediatamente la guarnicion de Narbona, por no encontrarse bastante fuerte para resistir á Constancio que con fuerzas superiores acudia desde Arles.

Los visigodos abandonaron entonces toda esperanza de establecerse en la Galia, y en su marcha devastaron todo lo que encontraron, como si jamás hubiesen de volver atrás. Así saquearon hasta las ciudades, entre ellas Burdeos, asociándose en todas partes los esclavos que á su aproximacion podian escaparse del poder de sus amos. Así quisieron también saquear la ciudad de Bazas, y sobre todo á los senadores, que quizás simpatizaban con Honorio y Constancio, y

mal les hubiera pasado, á no lograr el mencionado tesoro Paulino que los alanos, cansados ya de su alianza con los visigodos, abandonasen á Ataulfo y se pasasen á los de la ciudad, para de concierto con ellos ocupar militarmente los jardines de los arrabales, y defender la poblacion de los ataques de los germanos. El mismo Paulino describe en su citada poesia este curioso episodio característico, y sin embargo continuó sirviendo al rey, lo que hace suponer que Ataulfo no aprobó estas depredaciones bárbaras; pero en cambio abandonó á Atalo, que poco despues fué hecho prisionero por los honorianos y llevado á Rávena, donde le hicieron lo que él habia de hacer con Honorio, mutilarle y desterrarle.

Entre tanto habia entrado Ataulfo con sus visigodos en España y atacado desde Barcelona, como aliado ó auxiliar al servicio de Roma, á los vándalos. Dió Placidia en esta ciudad á luz un hijo que recibió el nombre de Teodosio por fundarse en él la doble esperanza de una reconciliacion con Honorio y de que heredase algun día el cetro del imperio occidental; pero por desgracia murió luego el niño, lo que fué considerado como un presagio fatal. En efecto, apenas se le hubo dado sepultura en su ataud de plata, cayó muerto su padre atravesado por el puñal de un asesino en el mes de agosto ó de todos modos antes del 24 de setiembre. Eberulfo, llamado por mote latino *Dubius* (el dudoso), secuaz de un antiguo enemigo de Ataulfo, quizá de Saro, habia entrado al servicio de este rey, y le mató á puñaladas, ya fuese por vengar á su antiguo jefe ó ya encolerizado porque Ataulfo, que era de alta estatura, se habia burlado de su corta talla.

Orosio, contemporáneo de Ataulfo, nos ha conservado lo que hoy llamaríamos el programa político de este importante personaje, expresado por él mismo en diferentes ocasiones. Su plan, cuando rebosaba aun de fuerza é ilusiones juveniles, habia sido acabar con la nacionalidad romana y poner en su lugar un imperio universal á cuya cabeza estaria el pueblo visigodo, de suerte que el rey de los godos fuese un nuevo César Augusto; pero la experiencia le habia enseñado que le era imposible conseguir este objeto mientras su pueblo indisciplinado no fuese capaz de someterse al vigoroso régimen de un mando absoluto, ó siquiera á renunciar á hacerse la justicia por su mano y á someterse á los tribunales y al derecho, á la *civilitas custodita* á que un siglo despues el gran Teodorico acostumbró á los ostrogodos. Entre tanto, se resolvió por el contrario á buscar su gloria en regenerar y proteger por medio de su vigoroso pueblo á la sociedad romana, á fin de que la historia conservara su nombre como restaurador del imperio, ya que no podia ser su destructor.

De este juicio sobre los proyectos de Ataulfo, de su casamiento con Placidia, de la restauracion de Atalo, de la eleccion de nombre para el hijo, resulta sin duda ninguna que la mente del rey visigodo perseguia un ideal enteramente análogo al que cuatro siglos despues realizó en otra forma el gran rey de los francos: Cárlo Magno reemplazó el imperio romano por otro franco, y Ataulfo habia querido reemplazarlo por uno godo.

Pero los godos de todas las ramas tuvieron mala fortuna y mala estrella en la historia. Si fueron afortunados, si brillaron alguna vez, su suerte fué momentánea y su brillo fugaz.

Ataulfo se vió obligado contra su voluntad á hacer la guerra á Roma, ya por la obstinacion de Honorio que rechazaba sus repetidos ofrecimientos de paz, ya por los celos de Constancio. Por otra parte existia todavía vigoroso en su mismo pueblo aquel antiguo partido enemigo de Roma, que en parte tenia su origen en el espíritu guerrero y en la aficion al

saqueo, pero en parte también se fundaba en un sano instinto de conservacion que le hacia odiar la alianza con Roma; porque en efecto tal alianza amenazaba, no solo la libertad del pueblo, sino también su nacionalidad y su existencia por medio de una romanizacion progresiva.

El asesinato de Ataulfo, aunque obra de venganza visigoda personal, fué un golpe favorable para el partido anti-romano. El rey al morir habia recomendado encarecidamente á su hermano, que suponía le sucederia en el trono, que conservase la paz con Roma y diera libertad á Placidia; pero en lugar de este hermano fué elegido, mas bien por la fuerza que por libre sufragio ni derecho, otro hermano de aquel Saro, antiguo enemigo de los Baltos y que entonces lo era también de Honorio. Este nuevo rey, llamado Sigerico, empezó por hacer asesinar á los hijos de Ataulfo habidos en su primer matrimonio, y por tratar á la hija de los emperadores como prisionera haciéndola andar á pié delante de su caballo con los demás cautivos jornadas de doce millas. El odio feroz á Roma inventó además la fábula de que Ataulfo habia sido asesinado por su propia gente porque no habia destruido á Roma cuando la tenia en sus manos, y que la muerte idéntica de su sucesor Sigerico, que ocurrió solo siete dias despues, reconocia una causa análoga; es decir, que se inclinaba en favor de Roma mas de lo que queria el partido de la guerra. Su sucesor Walia que reinó desde 415 hasta 419, detuvo á Placidia en rehenes, pero la trató desde el primer momento con mas consideracion. Impulsado por la necesidad de encontrar espacio para los suyos, hubo de luchar en su marcha por la costa desde Barcelona á Cádiz tanto con los germanos enemigos de Honorio como con las guarniciones romanas. Llegado que hubo á Cádiz, ocurrióle la idea de pasar á Africa, que entonces estaba apenas defendida por insignificantes guarniciones imperiales; pero sus tentativas salieron mal, porque los temporales destruyeron las únicas naves que habia podido reunir. En esto supo que Constancio habia pasado los Pirineos en busca de Placidia, con la cual pretendia todavía casarse. Inmediatamente tomó la resolucion de aprovechar esta circunstancia entregando á la viuda, que no tenia ningun interés en conservar prisionera, en cambio de una indemnizacion consistente en 600,000 fanegas de trigo y segun parece mediante el reconocimiento oficial por parte del gobierno imperial de la propiedad del territorio que ocupara. Este territorio era el que acababan de abandonar los vándalos, alanos y suevos; y naturalmente el rey visigodo se obligó á defenderlo contra ellos, con gran beneficio de los distritos y ciudades romanas. Por eso se consideraron las victorias que Walia alcanzó desde 416 hasta 418 sobre aquellos bárbaros como victorias del imperio, tanto mas cuanto que el rey visigodo envió al emperador los jefes vándalos que cayeron en sus manos. A pesar de esto, abandonaron los visigodos al año siguiente la península y se volvieron á la Galia, donde el gobierno romano les cedió la Segunda Aquitania y algunas ciudades en las provincias adyacentes. La mas importante, que luego fué la capital, y que dió el nombre al nuevo reino godo, era Tolosa. El reino tolosano comprendió en su mayor prosperidad las ciudades, obispados y distritos siguientes: La Septimania (nombre que no procede de que hubiese siete ciudades ni de que hubiera estado allí establecida la legion séptima, sino de un pueblo antiguo celta mencionado por Plinio con el nombre de septumanos y que vivia junto á Beziers), Aix, Apt, Riez, Frejus, Sisteron, Arlés (Carcasona y Nimes), Marsella, Tolon, Digne, Grasse, Vence, Glandève, Senez, Niza y Tolosa.

Los motivos de este retroceso no se saben con exactitud; pero la iniciativa debió de proceder del gobierno romano, que sin duda no juzgaba conveniente que se desarrollara y

consolidara un reino godo en el extremo de la península. Quizá también coincidió con este propósito de los romanos el deseo del mismo Walia, porque la España estaba mucho mas asolada que el hermoso y risueño país del «áureo Garona.» Un autor de aquel tiempo describe la Aquitania lleno de entusiasmo llamándola «perla de la Galia.» «Sus habitantes, dice, no creian vivir en la tierra, sino en el paraíso. Las viñas alternaban con campos cubiertos de doradas mieses, praderas floridas, árboles frutales y encantadores bosquecillos atravesados por manantiales, arroyos y rios; no se oian mas que cantos alegres bajo los mirtos y palmeras de Burdeos.»

## CAPITULO II

### EL REINO DE TOLOSA

La historia de este reino desde su fundacion hasta su repentino fin causado por los francos, es la resultante de dos fuerzas contrarias: la necesidad de ensancharse á costa naturalmente de los romanos, y la no menos perentoria de vivir en buena armonia con ellos. El territorio que recibieron estaba separado por todos los lados del mar; llegar á él, ya sea al Mediterráneo, ya al Atlántico, ya al del Norte, solo era posible arrancando el país á viva fuerza del poder de los romanos cuando las circunstancias fueran propicias, aprovechando épocas de confusion política, ya en Italia, ya en la Galia. Por otra parte, como los visigodos no eran bastante fuertes para exterminar á la poblacion romana, ni esta para rechazar á la visigoda, se veian ambas obligadas á tolerarse y defenderse mutuamente contra enemigos comunes. Solo á los francos estaba reservado, despues de la extincion del imperio de Occidente, apoderarse de los últimos y aislados restos del poder romano en la Galia y arrancar luego á los visigodos la mayor parte de su territorio, cuando estaban en España bastante fortalecidos para tener en el reino de Toledo una continuacion del de Tolosa.

Poco despues de su vuelta á Galia murió Walia sin dejar al parecer hijo varon de edad para llevar las armas, pero dejó una hija, que fué la madre del famoso creador de emperadores Ricimero. En su consecuencia eligió el pueblo á Teodorico I (1) que en su prolongado reinado, desde 419 hasta 451 ensanchó el poder visigodo en el exterior y consolidó el orden y el gobierno en el interior.

Sus contingentes en 422, con arreglo al pacto hecho con Roma, pelearon en favor de los romanos contra los vándalos en España; pero cuando en 425 se levantó contra Valentiniano III sucesor de Honorio, un competidor en la Galia, Teodorico aprovechó la coyuntura para tratar de apoderarse de la importante ciudad de Arlés, aparentemente en defensa del emperador legitimo y en ejecucion del pacto de alianza, pero en realidad para quedarse con ella. Tan importante era esta plaza, desde 418 capital de las siete provincias de la Galia, que la llamaban la *Roma Gala*. En ella se reunian anualmente los notables de todo el país, legos y eclesiásticos, para consultar y administrar los intereses generales. Tenia el sobrenombre de Constancia en honor de Constancio. Sin embargo esta primera tentativa sobre Arlés no tuvo éxito: el general Aecio, á cuyo lado debia morir posteriormente el rey visigodo en la guerra contra los hunos, se habia pronunciado contra Valentiniano, pero se arrepintió luego, y para redimir su falta se echó con sus fuerzas sobre los godos junto al Monte Culebrino (*colubrarium*) junto á Arlés y los derrotó completamente apoderándose de su jefe Aonulfo;

(1) Los historiadores españoles llaman á este rey Teodoro. (N. del T.)

porque el rey no llegó sino después de la batalla. Aecio sabía perfectamente que Teodorico no pensaba conquistar a Arlés para Valentiniano; mas a pesar de esto renovó el pacto, dando y recibiendo cada parte rehenes de la otra, cosa que ya no era considerada en Roma como deshonrosa, y en 427 volvieron a pelear los visigodos en España por cuenta del emperador.

No renunció por esto el rey visigodo a Arlés, llave de la cuenca del Ródano; y cuando creyó a los romanos bastante ocupados en 429 con los francos, renovó su tentativa, que fue también infructuosa por la vigilancia de Aecio. Estos descalabros debieron de ser la causa de que los visigodos tomaran algunos años después el partido de Bonifacio cuando estalló la guerra civil entre este y Aecio por la supremacía en la dirección del imperio. Aecio, casado con la hija de un príncipe visigodo, probablemente de la familia balsa y no de la de Teodorico, había permanecido cuando niño en el campo de Alarico, que le trató como *hijo propio*, conforme ya hemos visto antes, y no tenía por tanto que guardar consideraciones al rey Teodorico.

Después de pelear también los visigodos en cumplimiento del pacto contra los vándalos en África bajo las órdenes de Bonifacio, se unieron al año siguiente, en 437, los dos generales romanos que mandaban en la Galia, Aecio y Litorio, para castigar al pueblo visigodo que faltando a cada momento al pacto de alianza, no cesaba en sus tentativas de apoderarse de otros territorios que no eran suyos, con lo cual no podía menos que exasperar a los romanos. Tratando Teodorico de apoderarse de Narbona considerada como la llave de España y que había estado ya en poder de Atila, fue rechazado, y entonces penetraron en su propio territorio Aecio desde el Norte y Litorio desde el Sur. Aecio aprovechó las negociaciones que seguía con un jefe de los hunos para tomar por auxiliares soldados de este pueblo feroz contra los godos, y en el monte de las Viboras aplastó la cabeza de esta víbora venenosa, dice el cronista, causándole la pérdida de 8,000 hombres; los hunos a las órdenes de Gausarico sitiaron la ciudad visigoda Bazas; pero en vano. Al mismo tiempo puso sitio Litorio al rey en Tolosa, y creyendo poder tomar la ciudad, rechazó todas las proposiciones de paz que le hacía Teodorico, porque envidioso de los laureles de Aecio creía firmemente hacer luego prisionero al rey visigodo en su capital y acabar con su reino; pero sucedió al revés de lo que pensaba. Los de Tolosa hicieron en su desesperación una salida, derrotaron a los sitiadores y se llevaron a su jefe Litorio prisionero a la ciudad. Curioso es ver a los autores eclesiásticos de la época ponerse en este caso del lado del rey visigodo que aunque arriano no dejaba de ser cristiano y cristiano celoso, que dicen estaba hasta la hora de la salida orando de rodillas ceñido con la cuerda del penitente para alcanzar el auxilio de Dios en su difícil y arriesgada empresa, mientras Litorio, lleno de superstición pagana, rechazaba con altanero desprecio la intervención del clero, en especial la del santo obispo de Auch Oriencio, porque sus augures le habían prometido que pronto entraría en Tolosa; y en efecto entró, pero prisionero.

Desde entonces rechazó Teodorico las proposiciones de paz que se le hicieron, en la seguridad de poder extender su reino sin resistencia hasta el Ródano. De este proyecto se dice que lograron aunque con trabajo hacerle desistir y volver a la observancia del pacto, las cartas del prefecto de las Galias Avito, antiguo amigo del rey. Volvieron, pues, a combatir contingentes visigodos en 446 en unión de tropas romanas contra los suevos en España. Sin embargo Teodorico no tardó en unirse con los suevos dando su hija por esposa al rey Reciaro, que colocó a gran altura el poder de

su pueblo, y que visitó en el año 449 a su suegro en Tolosa. Este a su vez le auxilió con tropas visigodas cuando quitó a los romanos las ciudades de Zaragoza y Lérida. No fue tan feliz el casamiento de su segunda hija con el hijo de Genserico en Cartago, porque ya vimos al tratar de este pueblo que su rey mandó cortar a la hija de Teodorico la nariz, probablemente sin culpa, y la envió así mutilada a su padre.

No tardó en verse Teodorico otra vez reducido a estar bien con Roma y con su general Aecio; porque un nuevo y terrible peligro se iba acercando: era Atila con sus hunos, que amenazaban destruir la civilización romana, la cristiana y todos los pueblos germánicos del Occidente.

En aquel tiempo se atribuían todos los grandes sucesos a pasiones y caprichos de personajes principales; así no es extraño que Jordanis atribuyera la avalancha de los hunos y su definitiva derrota a odios, venganzas, cobardía y astucia de ciertos príncipes. Supone que Teodorico para vengar la infame mutilación de su hija había dispuesto en unión con Roma y con los suevos un desembarco en África, y que Genserico en cambio para evitarlo decidió darles trabajo en sus respectivos países, excitando por medio de riquísimos presentes a Atila a que invadiera el Occidente.

La verdad era que el imperio de Oriente, adonde hasta entonces habían llevado los hunos sus depredaciones, estaba a la sazón bajo el robusto cetro del emperador Marciano, el cual supo defenderlo con tanto tesón, que las hordas mogolas pensaron en saquear otros países más al Oeste. Atila que ya llevaba bajo sus banderas a los ostrogodos, esperaba, no sin fundamento, encontrar en los visigodos sus afines eficaces auxiliares: pero se engañó. Los visigodos, a pesar de su solapada conducta y sus continuas rupturas del pacto, debieron comprender, lo mismo que los romanos que el peligro era igual para entrambas partes, contribuyendo a ello también el ser unos y otros cristianos bien que arrianos aquellos y católicos estos; y así convinieron en resistir con sus fuerzas unidas. Sin embargo costó no poco trabajo a Aecio, destinado por su gran talento militar a dirigir la campaña, determinar a los godos a operar de consuno con él. Teodorico pensó abandonar la defensa de toda la Galia romana a las tropas de Aecio, que no eran bastantes para contener ni menos rechazar a las bandadas de asiáticos montados en sus ligeros caballos, diciendo que él lo esperaba a orillas del Garona, es decir, en el límite del territorio visigodo; pero al fin, por la influencia de personas de gran empeño, pudo alcanzarse del rey que renunciara a tan fatal división de fuerzas, y fuera junto con los romanos y demás aliados al encuentro de los hunos marchando todos en dirección Nordeste. Los otros aliados mencionados eran los alanos, algunas bandas de borgoñones que se habían podido escapar de la destrucción de su pueblo por los hunos, tribus sajonas del Bajo Rin y los francos ripuarios del Rin central. Al mismo tiempo combatían al lado de los hunos también tribus de francos, bien que por fuerza, con otros pueblos celtas y germánicos como los armóricos, bretones; las tribus montañosas de los Alpes Retios, como los breones establecidos en el Monte Brenner; numerosos pueblos germánicos como ostrogodos, gópidos, rugios, esciros, turingios y francos de la orilla derecha del Rin arrastrados por la impetuosa inundación de los hunos, y finalmente tropas eslavas o sármatas que servían a sueldo. Habían llegado las hordas enemigas hasta el Loira, probablemente por el camino de Coblenza, Tréveris, Metz, Oulchy sobre el Aisne, Troyes y Orleans, desde donde al divisar las fuerzas de Aecio, retrocedieron hasta el Sena y el Marne. Allí a cinco leguas de Troyes, en los campos Cataláunicos, es decir de Chalons, ó mejor dicho Mauriacenses, se libró a principios de julio

entre ambas masas la memorable batalla que libró a la Europa y a la civilización romana y cristiana de la plaga mogola, y salvó el porvenir de la raza germánica, gracias al superior talento y pericia del general romano y al arrojo heroico de los visigodos, que como leones impetuosos, llenos de coraje se precipitaron sobre las masas enemigas apenas vieron caer a su anciano rey Teodorico en el momento en que embestia a la cabeza de su caballería. Atila hubo de abandonar el campo de batalla, y se retiró como

fiera herida a su campamento, fortificado por parapetos de carretas. Desde allí pudo ver cómo los godos dieron solemne sepultura a su rey acompañando la ceremonia con sus cánticos funerarios, y cómo aclamaron acto continuo sobre el mismo campo de batalla por nuevo rey a su primogénito Turismundo.

Aecio se apresuró a aconsejar al joven caudillo que no se empeñase en el exterminio de Atila, sino que acudiera a Tolosa a fin de evitar que uno u otro de sus cinco hermanos le usurpara en su ausencia el trono; consejo que algunos han querido atribuir al temor de Aecio de que los visigodos pudieran adquirir una preponderancia peligrosa para el imperio, si el elemento huno quedaba



Fig. 136.—Aecio.—Relieve de un diptycho de Monza del siglo V.

completamente exterminado; pero el motivo real era evidentemente, que la toma del campamento fortificado de Atila habría exigido incalculables e inútiles víctimas, pues que bastó, según lo probaron los hechos, haber rechazado al enemigo y haberle abierto los ojos respecto de la resistencia que encontraría si no se retiraba. Por otra parte se vio también que los temores de Aecio no carecieron de fundamento, porque Turismundo no hubo gobernado dos años cuando fue asesinado a instigación de sus hermanos Teodorico y Federico, probablemente porque había cercenado la antigua e ilimitada libertad individual de su pueblo y excitado contra el mismo al gobierno imperial con sus extralimitaciones contrarias al pacto. En efecto, habiendo reñido con Aecio cuando repartieron el inmenso botín tomado a los hunos, dirigió como su padre, tentativas sobre Arlés con intención de ir aun más lejos, sin hacer caso de los muchos partidarios que tenía Roma entre los inconsecuentes visigodos, los cuales en unión de los dos hermanos citados y de los que no habían asistido a la elección en el campo de batalla, determinaron matar al joven rey y aprovecharon el momento en que tenía un brazo inutilizado por una sangría. El criado había quitado del aposento previamente todas las armas, y de repente entró avisando a su señor con fingida solicitud que trataban de asesinarle, pero dejando de paso como inadvertidamente la puerta abierta por la cual penetraron los conjurados. Dicese que el rey se defendió heroicamente matando a varios a falta de otra arma con un taburete, pero con idénticos detalles describen las leyendas el asesinato de Alboino, rey de los longobardos.

Sucedióle Teodorico II que reinó desde 453 hasta 466. Hubo de colocar junto a su trono y como general en jefe del ejército a su hermano Federico que al año siguiente, correspondiendo al pacto con Roma, sometió en España a la población rural que se había levantado contra el gobierno romano. Avito, prefecto de la Galia, cuidó de no dejar enfriar estas buenas disposiciones de los visigodos, y marchó a Tolosa donde hizo su solemne entrada acompañado del rey y de su hermano; pero sobreviniendo nuevos desórdenes en Roma con el asesinato del emperador Máximo y la toma de la ciudad por los vándalos, volvieron los visigodos a proseguir los planes de Alarico y de Atila; proclamaron emperador a su amigo el prefecto Avito auxiliados por casi toda la población de la Galia, pueblo, nobleza y ejército, porque cuanto más se paralizaba el órgano central, la capital, y su dirección y protección eficaz en las provincias, tanto más comprendían estas, y en primera línea la Galia, la urgente necesidad de mirar por sí, como ya se había visto en el siglo III en tiempo de Vitelio y de Vespasiano.

A pesar de esto renovó el pacto entre Roma y el rey visigodo que entró con nuevos contingentes en España para castigar a los suevos por sus depredaciones en territorio romano; y después de haberlos vencido cerca de Astorga en 5 de octubre, hizo en 28 del mismo mes su solemne entrada en su capital Braga (en Portugal), donde nombró rey a un individuo adicto suyo de la tribu de los varnos después de haber hecho ejecutar al rey Reciaro su cuñado, que había caído prisionero. En esto recibió la noticia de que su emperador Avito había sido destronado en Italia, y le fue preciso volver a su país. No queriendo reconocer al nuevo emperador Mayoriano, continuó la guerra en España, pero ya por cuenta propia; en 459 hizo otra tentativa sobre Arlés, y fue derrotado por Egidio que había reemplazado a Aecio en la Galia. Con esto, tuvo que renovar el antiguo pacto y hacer operar sus tropas en España en unión de las romanas contra los suevos en junio de 461. Poco después en 7 de agosto, fue asesinado Mayoriano por Ricimero, el omnipotente ministro, que puso en su lugar a Severo. Egidio no quiso reconocerle, y mientras se ocupaba en preparar un ataque contra Ricimero, los partidarios de este, en su odio a Egidio, entregaron la importante ciudad de Narbona a los visigodos, para asegurar su cooperación en favor del nuevo emperador Severo. Egidio hubo de retirarse en dirección del Nordeste hasta más allá del Loira, seguido de cerca por los visigodos. Cerca de Orleans volvió cayendo de repente sobre sus impetuosos perseguidores y desbaratándolos de tal suerte, que su jefe Federico, el hermano del rey, murió en la pelea, y Egidio reforzado con bandas de francos y alanos pudo ocupar otra vez la tan disputada línea del Loira y pasar al otro lado.

En el año 463 la muerte desembarazó de este terrible enemigo a Teodorico, el cual impulsó de nuevo energicamente las operaciones contra los suevos en España y contra los romanos en el Loira, hasta que a principios de 466 murió a su vez este rey fratricida a manos de otro hermano suyo, Eurico, que le reemplazó en el trono y reinó desde 466 hasta 484. Eminente como guerrero era este príncipe y además en extremo astuto y tenaz, con cuyas cualidades elevó a su nación al colmo del poder que estaba destinada a alcanzar. Extendió su dominio mucho más allá de lo que sus predecesores habían ambicionado, y logró hacer desaparecer hasta la última sombra de dependencia de Roma que era el pacto de concurrir con su auxilio armado a su defensa.

La rápida descomposición del imperio de Occidente contribuyó tanto como la habilidad del rey a este resultado, según se desprende muy bien de las palabras del historiador